



VIDA EJEMPLAR
DE SANTA ROSALÍA,
PRINCESA DE PALERMO,

ESPECIAL ABOGADA CONTRA LA PESTE.

PRIMERA PARTE.

En la ciudad de Palermo,
corte insigne y celebrada,
en el reino de Sicilia,
provincia hermosa de Italia,
nació Santa Rosalía,
de tan antigua prosapia
y de sangre tan ilustre,
que en la cristiandad no hay casa
de emperadores ni reyes
con quien no esté emparentada.
siendo esmalte á su nobleza
los méritos que la ensalzan.
Hija fué de Sinibaldo,

de la real casa de Francia,
conde en Sicilia de Rosas,
y general de las armas,
y sobrina de Rugero,
de quien el reino heredaba.
Antes que esta rosa bella
diera al mundo su fragancia,
se vieron claras señales
que la Deidad Soberana
la tenia ya escogida
para esposa, y destinada
para ser del mundo asombro
y aviso de las profanas,

y ejemplar de penitentes.
Para que en todo imitara
al Divino precursor,
quiso que fuese anunciada,
y así dispuso que un ángel
á su madre visitara,
y la noticiase el día
del feliz parto que aguarda,
á que á la dichosa niña,
cuando reciba la gracia
en el primer Sacramento
de nuestra Iglesia romana,
que la llamen Rosalía,
que asimismo Dios lo manda,
porque quiere que sus rosas,
que son timbres de su casa,
al nacer la den el nombre
y al morir la coronaran.
Nació esta hermosa princesa,
y aunque fué tan deseada,
no nació para reinar,
que como prenda tan alta,
desde sus primeros años
la tuvo Dios tan guardada,
que hasta su dichosa muerte
vivió siempre resguardada.
Criábase aquesta niña,
y las primeras palabras
que pronunció en su niñez
fué decir con voz muy clara:
«Jesús, María y José;»
y desde su tierna infancia
fué inclinada á la virtud
y diestra en ejercitarla;
que aunque tenían sus padres
maestras que la enseñaran,
excedió su entendimiento
las reglas de la enseñanza.
Era discreta y hermosa,
muy honesta y recatada,
y aunque princesa, era humilde
y de condicion muy llana,
muy piadosa con los pobres
y en dar limosna muy franca.
Mas como siempre á los niños
todo lo vistoso agrada,
con el traje de princesa
se fué inclinándó á las galas
como niña, y no por eso
hizo su virtud mudanza.

Siendo ya de doce años,
trata el padre de casarla
con el conde Valdovinos,
sobrino del rey de Francia,
y deudo de Rosalía,
para que los dos reinaran.
Mas como Dios la tenia
para corona mas alta
escogida por esposa,
vino amante á visitarla.
Estando en su cuarto un día
ricamente aderezada,
la dió una criada el espejo
para que en él se mirara,
y en lugar de ver su rostro,
vió á la Imágen Soberana
de Cristo crucificado
vertiendo sangre sus llagas,
y que con voz muy sentida
la decia estas palabras:
«Mira cual estoy por tí,
Rosalía, mal me pagas
si á la vanidad te entregas:
deja esas profanas galas,
y si quieres hermosura,
á tu rostro color saca
de esta roja sangre mia,
que por tu amor se derrama;
haz de mis espinas joyas:
y estarás mas adornada,
que las que en el pecho tienes
son lazos para las almas
con que el demonio aprisiona
á cuantos de Mí se apartan
buscando su perdicion
en la liviandad profana.
Si deseas ser mi esposa
y quieres lograr la palma
de mis amadas esposas,
vete al Salvador mañana,
y allí harás solemne voto,
que es mi gusto que lo hagas.
Recibe Sacramentado
mi cuerpo, porque tu alma
se limpie de tus descuidos
y se adorne con mi gracia.
Entónces serás mi esposa
dándome mano y palabra
de ser, como esposa mia,
humilde, obediente y casta.»

De este prodigio la niña
 quedó absorta y desmayada
 y la doncella confusa,
 porque también la criada
 conoció que á su señora
 en el espejo la hablaban.
 Recobróse Rosalía,
 y de rodillas postrada,
 bañando en llanto sus ojos,
 ha dicho con tiernas ansias:
 «Soberano dueño mío,
 perdona mis ignorancias;
 confieso que inadvertida
 te he correspondido ingrata:
 ya lo conozco y me pesa,
 mas os doy firme palabra
 de dar por tu amor la vida
 y vivir crucificada
 como Vos lo hacéis por mí,
 que amor con amor se paga.
 Yo renuncio ser princesa,
 por ser vuestra humilde esclava,
 que no quiero más corona
 que vivir en vuestra gracia.»
 Se fué Cristo del espejo,
 y al verse en él retratada,
 hizo el espejo pedazos
 para que no se mirara
 la humilde fragilidad
 donde vió la Deidad sacra.
 Despojóse de sus joyas
 pisándolas con sus plantas,
 y tomando unas tijeras,
 con resolución bizarra
 se cortó el hermoso pelo
 y con desprecio lo trata,
 y desnudándose, dijo:
 «Afuera, profanas galas,
 loca vanidad, á fuera,
 que ya estoy desengañada
 que los adornos del cuerpo
 son borrones para el alma.»
 Se vistió de humilde traje,
 y en su aposento encerrada
 pasó aquel día y la noche,
 y así que rompió el alba
 se fué al Salvador á misa
 sin ser de nadie notada.
 Llamando á su confesor
 le cuenta lo que le pasa,

y prudente la aconseja
 que no se resista en nada,
 que obedezca en todo pronta,
 supuesto que Dios la llama.
 Confesó generalmente
 en tierno llanto anegada,
 juzgando por grandes culpas
 las que fueron leves faltas.
 Recibió Sacramentado
 á Cristo, y para dar gracias
 se entró sola á una capilla
 de la Virgen Soberana
 que tenía un Niño en brazos,
 y de rodillas postrada
 pronunció el solemne voto
 con discretas circunstancias.
 Volvió el Niño el rostro alegre
 y afable la mano alarga,
 dándosela á Rosalía,
 y un precioso anillo en arras
 en señal de matrimonio;
 y la que es llena de Gracia
 fué la madrina, y testigos
 los ángeles en su guarda.
 Estando ya Rosalía
 con su amante desposada,
 comenzó á martirizarse
 por cumplirle la palabra
 con penitencias y ayunos,
 viviendo mortificada
 con tan ásperos cilicios,
 que las sirvientas, pasmadas,
 les dieron cuenta á sus padres
 del rigor con que se trata.
 El padre de Rosalía,
 que tiernamente la amaba,
 y esperaba ver por ella
 la sucesión de su casa,
 juzgando que el nuevo estado
 aciciera en ella mudanza
 abreviando el casamiento
 fué á su cuarto á visitarla,
 y con discretas razones
 y cariñosas palabras,
 dió á entender á Rosalía
 se contara ya casada,
 pues que aquella misma noche
 habían de desposarla.
 Aunque ella calló prudente,
 estaba determinada

á no casarse, aunque viera
el cuchillo á la garganta.
Apénas se fué su padre
cuando vió entrar por la sala
dos bellísimos mancebos
ángeles en forma humana,
diciéndola: «Rosalía,
sabrás que tu Esposo manda
te saquemos de palacio,
que quiere que en la montaña
de Quisquina, en una cueva
hagas vida solitaria.»
Alegróse Rosalía
lo propio que deseaba,
y recelando prudente
el poligro en la tardanza,
dispuso luego el viaje
recogiendo sus alhajas,
cilicios y disciplinas,
libros y algunas estampas,
y un divino crucifijo
el que ella contemplaba
haber visto en el espejo,
que siempre tuvo en su alma.
Y haciendo un lío de todo,
de los ángeles guiada
se salió de su palacio
sin que nadie lo estorbara;
y yendo por el camino,
aunque niña y delicada,
caminaba como un viento
con el fardillo á la espalda.
Anduvieron trece leguas,
y llegando á la montaña
la subieron á la cumbre
adonde la cueva estaba,
diciéndola: «Rosalía,
esta ha de ser tu morada;
quédate en paz y no temas,
que tu Esposo te acompaña,
y aunque invisibles, nosotros
hemos de estar en tu guarda.»
Así que se vió ella sola
entró á registrar su estancia
y á disponer su oratorio
y vestirse de ermitaña.
Se puso un tascó sayal,

y en lugar de blanca holanda,
vistió un hábito de cerdas
para estar mortificada;
su cama era el duro suelo
y una piedra su almohada,
su alimento era la yerba,
y era su bebida el agua
que la gruta gota á gota
liberal la destilaba
cuando por Dios la pedía:
y haciendo copas de palmas
con sus manos, de esta suerte
la penosa sed saciaba,
aunque por mortificarse
la bebía siempre escasa.
La oración fue su ejercicio,
y las disciplinas tantas,
que jamás se vió en el mundo
rosa mas disciplinada.
Aquí estaba Rosalía
tan contenta y bien hallada,
como si allí hubiera sido
su nacimiento y crianza:
pero el demonio, envidioso
del valor de esa muchacha,
dió principio á hacerla guerra
procurando derribarla.
La traía al pensamiento
memorias que la inquietaban,
acordándola sus padres
y acusándola de ingrata;
la acordaba su palacio,
sus amigas y criadas,
sus joyas y sus vestidos
y el regalo de su casa,
la grandeza en que se vió
y el estado en que se halla.
Y viendo que Rosalía
no hacía caso de nada,
andaba muy desvelado
intentando nuevas trazas.
En donde la dejaremos
á esta princesa ermitaña,
y en otra segunda parte
dirá el autor lo que falta
hasta la dichosa muerte
de esta prodigiosa Santa

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

En la que se refiere el resto de la penitente vida y prodigiosa muerte de Santa Rosalia de Palermo.

Dejamos á Rosalia
penitente y ermitaña!
en el monte de Quisquina
con dos ángeles de guardia,
del mismo Dios asistida,
quien por más acrisolarla
permitió darle licencia
al demonio, que con trazas
la tentase en el desierto,
porque viese su constancia;
con cuyo permiso al punto
afiló el dragon sus garras
imaginando hacer presa
en esta princesa santa.
La acometió al pensamiento
con mil intenciones varias
por echarla de la cueva,
y que perdiera la gracia;
pero á todo Rosalia
tuvo las puertas cerradas,

y viendo que se resiste
á las primeras instancias,
con visible cuerpo quiso
presentarla la batalla.
Viéndola, pues, cierto día
de todo alimento falta,
buscando algunas raíces
que la sirvan de vianda,
en forma de un caballero
que era criado de casa
de quien fiaba su padr,
los negocios de importancia,
con grande acompañamiento
dió á entender que la buscaba,
asustándola prime
con ruido de gente y armas
Quiso volver á la cueva,
pero los pasos la ataja,
y encontrándose con ella,
la dijo aquestas palabras:

«Gracias á mi diligencia,
que bien puedo darle gracias,
pues por ella he conseguido
todo cuanto deseaba,
como hallar tan alta prenda
que tomé empeño en buscarla,
después de haber penetrado
Italia, Francia y España
buscando tu real persona;
pero ¿quién imaginara
que estuviera una princesa
en una cueva encerrada?
¿Posible es que una señora
discreta, hermosa y bizarra,
siendo princesa en Sicilia
que será reina mañana,
así se deja á sus padres
y el regalo de su casa
por vivir entre las fieras
en esta áspera montaña
con tan conocido riesgo
como á su alteza amenaza
sola en aqueste desierto
niña, y con tan linda cara?
¿Por qué quieres imitar
á Maria la Egipciaca,
si ella fué tan pecadora
y tú inocente te hallas?
Si tú á Dios no has ofendido,
¿por qué con rigor te tratas?
Vamos, señora, á palacio,
que tu padre nos aguarda
tan penado de tu ausencia,
que sólo espirar le falta;
y si por tu causa muere
te acreditas de tirana,
y el ser cruel con los padres
no es justo ni Dios lo manda.
¿Qué me respondes, señora?
Resuélvete ya, ¿qué aguardas?
porque si no te resuelves,
aunque al decoro faltara,
te habré de llevar por fuerza
ó dejarte aquí con guardas
hasta dar cuenta á tu padre,
que es quien buscarte me manda.
Oyendo aquestas razones
quedó confusa y turbada,
sin saber qué responderle
ni poder hablar palabra.

Alzó los ojos al cielo
y á su amado Esposo llama,
pidiéndole que la libre
del peligro en que se halla.
Acudió el Crucificado
lleno de luces muy claras,
y la dice: «Esposa mia,
no temas, que esa fué traza
del demonio, que pretende
amancillar tu constancia,
pero yo siempre te amparo.»
Ella respondió humillada:
«Soberano dueño mio,
si tu Majestad me ampara
venga contra mí el infierno,
que con ser mis fuerzas flacas,
antes perderé la vida
que falte yo á mi constancia.»
La estimó Dios la fineza
con amorosas palabras,
y desclavándose un brazo
estrechamente la abraza,
arimándola al costado
dejándola confortada
para mayores empresas
como adelante la aguardan.
El demonio, muy corrido,
procuró tomar venganza
en su delicado cuerpo,
ya que no pudo en el alma;
tomando forma visible
la dice con voz airada:
«Loca, hipócrita, embustera,
atrevida, temeraria,
¿qué haces en esa cueva
donde vives ignorada?
¿piensas engañar al mundo
porque te tengan por santa?
de todos estos engaños
tendrás muy presto la paga,
porque tu padre ya viene
á llevarte maniatada
y á encerrarte como loca,
que ese es el premio que aguarda
quien da crédito á ilusiones
y fantasías soñadas.
Ya perdiste ser princesa
y de tu padre la gracia;
pero si librarte quieres
vete á España ó vete á Francia,

que allí vivirás segura
y serás muy estimada.
Vete, que si no te vas
pondré fuego á esta montaña
ó haré que una horrible fiera
te despedace en sus garras.»
Mas viendo que no responde
ni teme sus amenazas,
la maltrata á crueles golpes
y por la cueva la arrastra,
dejando á la santa niña
mal herida y desangrada;
mas los ángeles piadosos
acuden á confortarla.
Aquí estuvo Rosalía
cruelmente atormentada
del infernal enemigo
por todas partes cercada,
pero siempre victoriosa
de infernales asechanzas,
hasta que el mismo demonio
determinó ya dejarla
viendo la empresa imposible,
pues cuanto más trabajaba
más resplandecía en ella
la corona que la labra.
Murió su padre á este punto
y de un ángel fué avisada
como está en el purgatorio
que á su Dios por él rogara:
hizo oracion fervorosa
pidiéndole á Dios que salga
de las penas que padece,
que ella se obliga á la paga.
Salió el padre de las penas
y vino á darla las gracias
diciéndola que prosiga
en la vida comenzada.
Tres fiestas que Rosalía
por devocion celebraba,
Resurreccion, Ascension
y la venturosa Pásqua
del nacimiento de Cristo,
su Esposo por festejarla,
las celebraba en la cueva
con grandeza soberana,
formándole una capilla
ricamente aderezada,
y un supremo sacerdote
decía misa cantada,

le daba la comunion,
San Pedro le predicaba,
y la capilla del cielo
con su música bajaba,
é infinitos convidados,
ángeles, santos y santas,
y la Emperatriz del Cielo
la funcion autorizaba.
En acabando la fiesta
le daban todos los gracias
é infinitos parabienes
de la gloria que gozaba,
dejándola á Rosalía
el alma en gloria anegada.
En la oracion, cierto dia
con humildad contemplaba
lo mucho que á Dios debía
y lo mal que ella le paga,
que El la obliga con finezas
y ella no le sirve en nada:
la estremeció este discurso,
y Cristo, por consolarla,
se le apareció en la cruz
y la dijo estas palabras:
«Muy amada esposa mia,
por lo mucho que me agrada
el valor con que padeces
y el amor con que me amas
he de darte una corona
de flores de tal fragancia,
que han de preservar á muchos
de la corrupcion humana
de la contagiosa peste
que mi justicia amenaza,
y cuantos por tí me pidan
se librarán de mi saña.
Ahora es mi voluntad
que de aquesta cueva vayas
á vivir en otra cueva
que te tengo preparada
en el monte Peregrino,
á dos millas de distancia
de Palermo, porque allí
se perpetúe tu casa:
los mismos que te dejaron
que contigo tambien vayan,
que esta mudanza ha de ser
el crisol de tu constancia.»
Obedeció la doncella,
y para hacer su jornada

se despidió de la cueva
recogiendo sus alhajas,
y por mandato de un ángel
en una piedra grabadas
dejó unas letras que dicen:
«Rosalía Sinibalda,
hija del conde de Rosas
y princesa propietaria,
de mi voluntad renuncio
cuantas riquezas humanas
me tocan y tocar puedan.»
Y en la misma cueva se hallan
en lengua latina escritas
como las dejó la santa.
Pasó al monte Peregrino
y el palacio que la aguarda
es una cueva horrorosa,
muy fría y desabrigada;
en un peñon eminente
que está á la orilla del agua
y en el hueco de una peña
de lo ancho de dos varas
hizo nido esta paloma,
y allí tuvo su morada
por tiempo de siete años,
y cuando ya se acercaba
de su partida la hora,
de su amontan deseada,
enfermó de calentura,
y viéndose ya postrada,
pidió á Dios que la conceda
que ántes que del mundo salga,
reciba los Sacramentos
para morir consolada.
Se la concedió piadoso
y á los ángeles les manda
que partan á la ciudad
y que vayan á la casa
de Cirilo el sacerdote,
hombre de vida muy santa,
y de su parte le digan
que los Sacramentos traiga
á una santa penitente
que á la muerte está cercana.
Fueron los embajadores,
y dándole la embajada,

obediente se previno
de las cosas necesarias.
Salieron de la ciudad,
y los dos que le acompañan
fueron por todo el camino
alumbrando con dos hachas.
Llegó Cirilo á la cueva
donde Rosalía estaba,
retirada en un rincón
honestamente acostada.
Recibió los Sacramentos,
y luego su Esposo manda
cuenta á Cirilo su vida
para que la publicara;
se la dijo por extenso,
y acabando de contarla,
se llenó toda la cueva
de resplandor y fragancia,
y vió Cirilo entrar
á la Virgen Soberana
siendo trono de su hijo;
y llegándose á la cama
de la enferma Rosalía,
estrechamente la abraza
y en los brazos de la Virgen
Rosalía entregó el alma
en las manos de su Esposo,
que la puso una guirnalda,
y coronada de rosas,
del Esposo acompañada,
de su soberana Madre
ángeles, santos y santas,
subió triunfante á la gloria
la rosa palermitana,
dejando acá sus reliquias
en la cueva sepultadas,
dentro de la misma piedra
que al cuerpo sirvió de cama;
y ahora en el mismo monte
tiene su templo la Santa,
y es de todas las naciones
conocida y venerada.
Y así pidámosla humildes
nos alcance de Dios gracia
de imitarla en sus virtudes
y libre de peste á España.

(Autorizado sea á la Ley vigésima.)

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.